

Una historia de vacas y de golondrinas Ganaderos y campesinos minifundistas del sureste de Michoacán¹

Eric Léonard*

Más allá de los caminos, muy al sur de los últimos picos de la Meseta Tarasca, yace la depresión del Balsas; una de esas tierras olvidadas de Dios y de los burócratas: "para quien no ha nacido en ella, inhabitable y para los nacidos, insufrible".² Pese a su reputación de tierra inhóspita, esta región —también conocida como la Tierra Caliente del Balsas— se ha mantenido durante más de un siglo como una de las principales cuencas ganaderas del Trópico Seco mexicano. Más recientemente, la región también ha cobrado notoriedad como productora de marihuana de alta calidad, mucha de la cual tiene como destino final a la vecina república del Norte. Sin embargo, éste no ha sido el único cambio económico que ha experimentado la zona.

En los últimos veinte años, la Tierra Caliente del Balsas³ ha sufrido importantes cambios económicos ligados a la creciente especialización en la producción extensiva de becerros de uno a dos años de edad. Debido a la escasez y alto costo del forraje en la región, el ganado de cría tiene que ser trasladado para su engorda a regiones donde los recursos forrajeros son más abundantes y baratos (sorgo del Bajío o pastizales de la Huasteca). Este fenómeno,

no obstante, oculta la existencia de un gran número de campesinos, que sin dejar de ocupar un lugar central en la operación de los ranchos ganaderos, obtiene la mayor parte de sus ingresos de la producción de granos básicos y del peonaje. Esta creciente especialización en la ganadería de cría está agudizando una crisis de reproducción social de los campesinos con menos recursos. A su vez, esto está propiciando una mayor concentración del usufructo del suelo en manos de los grandes ganaderos.

Mas la historia agraria de esta sociedad sugiere que las raíces de tal proceso son antiguas: las mismas se encuentran en un acceso diferencial a los recursos productivos en beneficio de los grandes ganaderos, que data de hace varios siglos. La reforma agraria no pudo alterar significativamente al antaño patrón de acumulación. Más bien se observa una intensificación de la diferenciación social a partir del reparto agrario. Cada crisis cíclica del campesinado provoca una aceleración en el proceso de concentración de las tierras en manos de los ganaderos. Sin embargo, sería desacertado aseverar que el Estado ha asumido un rol pasivo frente a los intereses de los grandes ganaderos. El Estado decidió desde hace mucho que la Tierra Caliente tenía "vocación ganadera", y sus recientes intervenciones sólo tendieron a reforzar dicha "vocación".

Tal decisión del Estado halla su explicación en las características geoclimáticas de la región: la escasez de vías de comunicación, el abrupto relieve y el clima tropical seco contribuyen a limitar sus "ventajas comparativas". La Tierra Caliente conforma una depresión aluvial, cortada por serranías

* ORSTOM: Instituto Francés de Investigación para el Desarrollo en Cooperación.

¹ Este artículo es parte de un libro que está por publicarse próximamente por PCB y el Colegio de Michoacán.

² D. Basalenque - *Historia de la provincia de San Nicolás Tolentino de Michoacán de la orden de N.P.S. Agustín*. Edit. Jus, México, 1963, pág. 42.

³ Este trabajo contempla los municipios de Huetamo, San Lucas, Tiquicheo, Carácuaro y Nocupétaro.

pedregosas, cuya altura varía entre los 350 y 800 metros. Se inscribe entre el Eje Neovolcánico y la Sierra Madre del Sur, ambos macizos que culminan a más de 3 000 m de altitud. De ahí que las lluvias procedentes del golfo de la Costa Grande apenas transpongan estas barreras,⁴ y que las temperaturas se mantengan a niveles poco menos que infernales. Por lo tanto, el campesino está sometido a los vaivenes de un clima inhóspito y a un calendario de trabajo muy estricto. Por si fuera poco, los suelos tampoco resultan favorables para la agricultura: más de la mitad de la superficie regional está conformada de suelos regosoles y litosoles.

Ambos tipos de suelo son delgados (de 25 a 30 cm), pobres y propensos a la erosión. El feozem y el cambisol, suelos más fértiles, sólo se encuentran próximos a los ríos (esto es, a los valles aluviales del Balsas y del río Tuzantla). Ahí se establecieron los primeros asentamientos humanos.

1 - Una reforma agraria que no modifica los factores de la diferenciación campesina (1930-1960)

La revolución afectó en forma tardía a los grandes propietarios de Tierra Caliente. Pero a partir de 1935, y en menos de 15 años, el sistema agrario fue totalmente trastornado por la confiscación y la repartición de más de 150 000 hectáreas. Para escapar a la expropiación, muchos propietarios dividieron sus latifundios en ranchos cuya superficie no rebasaba las 1 000 hectáreas. Los campesinos que pudieron integrarse a un grupo reivindicativo sólo recibieron una parcela de cinco a seis hectáreas, dotación considerada como suficiente para cubrir las necesidades mínimas de una familia. En cambio, se previó que las vertientes de monte espinoso quedarían indivisas, y se aprovecharían como agostaderos para el ganado del ejido.

Pero la reforma agraria sólo afectó la propiedad del suelo: no contempló el facilitar el acceso a los demás medios de producción: herramientas, yuntas, capital, etc. Sólo algunos de los antiguos arrendatarios poseían una yunta, y la inmensa mayoría de

los ejidatarios, antaño medieros o peones, ni siquiera contaban con medios que les permitieran prescindir de los anticipos de maíz que les daba el hacendado.

Estas condiciones permitieron a los ganaderos preservar las rentas que gozaban antes de la reforma agraria. Esto es, la reforma agraria no cuestionaba el monopolio que tenían los ganaderos sobre el crédito y la fuerza de tracción. De esta forma, los ganaderos siguieron controlando el acceso de los pequeños productores a la tierra y pudieron abrogarse un derecho de pastoreo sobre los agostaderos y los esquilmos del ejido. Para conseguir crédito y yuntas, los ejidatarios tuvieron que someterse a las relaciones de aparcería que prevalecieron en los latifundios o, en el mejor de los casos, a las condiciones de usura que los llevaron a ceder más de la tercera parte del valor creado en su parcela.

Además, los ganaderos se beneficiaron ampliamente del apoyo de las grandes fábricas de aceite del Altiplano con lo que conservaron su posición hegemónica. A través de las oligarquías locales, los industriales financiaban la producción y demandaban el pago (con una alta tasa de interés) en semillas de ajonjolí. Así, el cultivo de la oleaginosa se extendió rápidamente a todas las tierras de labor, donde era cultivado en rotación con el maíz (véase la figura 1). Poco se beneficiaron los campesinos del cultivo. Las altas tasas de interés a las que obtenían el financiamiento de la producción, constituían una verdadera traba para ampliar sus márgenes de acumulación; el sobrante apenas les permitía cubrir las necesidades básicas de la familia.

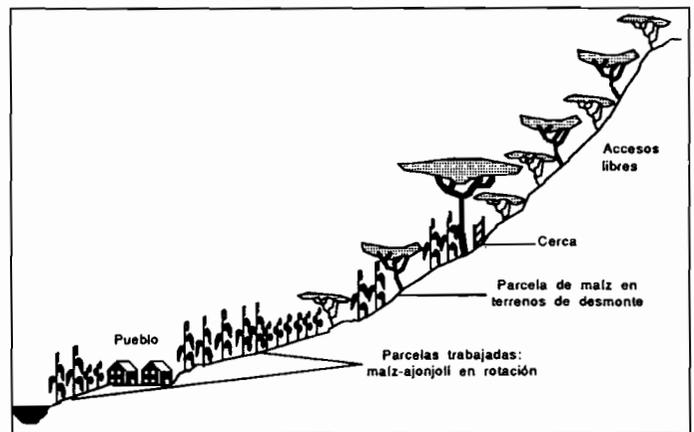


Figura 1 - Modo de aprovechamiento del medio en un ejido de Tierra Caliente en los años 1950-1960.

⁴ Las precipitaciones alcanzan por lo regular los 800 mm, pero se concentran en un periodo muy corto: el 70% de las lluvias caen en los tres meses que van de junio a septiembre y más del 90% entre mediados de junio y mediados de octubre, siempre en la misma forma torrencial.

Los campesinos de menos recursos tuvieron, pues, que buscar fuera de la depresión del Balsas los ingresos que les permitieran constituir un excedente. Muy pronto, se desarrollaron corrientes migratorias hacia las principales regiones de la agricultura comercial: los cañaverales e ingenios de la costa del Golfo o los distritos de riego donde se cultivaban las frutas y hortalizas de exportación. Ahí, los campesinos pobres encontraron empleos como peones durante la temporada seca; las "golondrinas" pasaron a ser la figura central de la sociedad agraria tierra-caliente. Aunque los salarios apenas alcanzaban para alimentar a la familia, la migración les permitió ahorrar el maíz que hubieran consumido de haberse quedado esos seis meses en el rancho.

Obviamente, este beneficio resultaba insuficiente para compensar las diferencias de acumulación y de productividad que separaban a las "golondrinas" de los ganaderos. De aquí que, después de treinta años de las primeras distribuciones de tierras, los campesinos pobres permanecían en el nivel del umbral de la reproducción y por ende, vulnerables frente a cualquier variación de los precios agrícolas, del salario mínimo o de la superficie cultivada.

2 - Transformaciones y crisis del sistema agrario (1960-1990)

Treinta años después de la reforma agraria, una nueva generación de productores reclamó el acceso a la tierra. Sin embargo, como parte del sistema de herencia, numerosas dotaciones fueron divididas, lo cual generó unidades de producción demasiado pequeñas para poder cubrir las necesidades mínimas de una familia.

En los años setenta, la política oficial de abastecimiento a bajo costo de los centros urbanos, llevó a una reducción de los precios pagados a los productores de maíz y de ajonjolí. Más aún, la producción de estos granos se vio seriamente afectada por un lado, por la competencia de las regiones donde la segunda revolución agrícola tuvo un desarrollo rápido, alcanzando una duplicación de la productividad del trabajo. Por otro lado, la producción campesina también sufrió frente a las importaciones de soya y maíz procedentes de los Estados Unidos. En la cuenca del Balsas, por el contrario, la lenta difusión de los nuevos medios de producción (motomecanización, fertilizantes químicos, semillas híbridas) no alcanzó a compensar la caída de los precios

agrícolas: entre 1960 y 1980, mientras los rendimientos del maíz aumentaron en un 20%, el valor comercial del grano cayó en un 40%.

Asimismo, los ganaderos de la cuenca del Balsas fueron desplazados del mercado de México por los ganaderos del Trópico Húmedo, quienes se beneficiaron de unas condiciones de producción mucho más favorables. En este caso, sin embargo, la evolución del mercado les permitió especializarse en la ganadería de cría y la producción extensiva de becerros de uno a dos años de edad, los cuales serían luego engordados en los ranchos del Trópico Húmedo. La producción de esquilmos y de reservas forrajeras, así como su productividad aumentaron paulatinamente debido a la compra de tractores (que les permitió ampliar la superficie de cultivo), y a la difusión del sorgo, de los fertilizantes y de un herbicida que destruye sólo la maleza de hoja ancha.

Además, a partir de 1970, el desarrollo de la red de carreteras y su expansión a la cuenca del Balsas, facilitó el comercio y el transporte de los bovinos, al mismo tiempo que favoreció las importaciones de maíz barato. Así, en el ocaso de los cultivos de granos básicos, la Tierra Caliente ha venido a ocupar una posición marginal en la división interregional e internacional del trabajo. La ganadería extensiva ha pasado a ser la única actividad económica (legal) reductible.

Estas condiciones han propiciado el crecimiento rápido de los hatos, mientras se ampliaba la crisis del campesinado pobre. En menos de treinta años, los efectivos bovinos se triplicaron, aumentando así la presión del ganado sobre los agostaderos. Ello ha desembocado en la generalización de la práctica de sobrepastoreo, al punto de cuestionar el tipo de manejo del ganado que se viene practicando desde la reforma agraria.

Para contrarrestar este problema, cada ganadero ha procurado cercar y apropiarse de fracciones enteras de los agostaderos. La extensión de tal apropiación está en función del capital acumulado por el ganadero en cuestión, y de su capacidad para financiar la instalación de cercas. Las cercas se extienden también a las parcelas de algunos de los ejidatarios. Según acuerdos entre ganaderos y ejidatarios, los primeros se comprometen a cercar las parcelas de los segundos a cambio de que se les permita el libre pastoreo de su ganado. Es así como el alambre se ha convertido en uno de los principales medios de producción del sistema agrario.

La implicación futura de este fenómeno es que el mismo acabará por marginar a los productores de

menos recursos, pues les arrebatará cualquier posibilidad de adquirir algún día algunas cabezas de ganado, y con ello, la oportunidad de especializarse en la cría extensiva. La profundización de la crisis no les deja a los campesinos pobres otra alternativa que producir esquilmos para los grandes ganaderos e incrementar el tiempo que migran a trabajar como peones asalariados. No obstante, debido a la política nacional de bajos salarios, la migración estacional tampoco ha resultado ser una respuesta satisfactoria para los campesinos. En el umbral de los años noventa, cuando redactábamos este artículo, parecía obvio que sólo una intensificación del trabajo asalariado podía generar un incremento del ingreso que permitiese la sobrevivencia del campesino en la región.

Desde hace dos decenios, la extensión de la red de carreteras al sureste de Michoacán y las obras realizadas por la Comisión del Balsas (que posibilitaron la extensión de la superficie irrigada de cerca de 4 000 hectáreas en el municipio de San Lucas), han reforzado la tendencia hacia la intensificación del trabajo agrícola asalariado. En particular, comerciantes procedentes de la Ciudad de México y de los Estados Unidos, están aprovechando las altas temperaturas de la depresión del Balsas para producir hortalizas durante el invierno, temporada de incremento de sus precios en los mercados urbanos. Estos inversionistas también financian la extensión de la superficie irrigada mediante la instauración de sistemas de riego por bombeo (véase la figura 2).

Si bien la producción de hortalizas garantiza ingresos muy elevados, también conlleva una alta in-

versión de capital. En primer lugar, implica un consumo muy elevado de insumos y requiere de una inversión de capital constante considerable, particularmente en las unidades de producción que por estar aisladas, no se beneficiaron del programa público de riego. Estas unidades tienen que ser irrigadas mediante el sistema de bombeo. Por otro lado, el acceso a los mercados está controlado por poderosos monopolios comerciales. De aquí que los campesinos se vean obligados a firmar contratos de aparcería con los compradores si es que deciden lanzarse a esta empresa especulativa con alguna posibilidad de éxito. De éstos reciben el crédito, los insumos, y de ser necesario, el sistema de riego. Por su parte, el productor campesino se compromete a entregarle la mitad de su producción.

Sin embargo en la mayoría de los casos, las relaciones de producción dominantes resultan aún más desfavorables para los campesinos. El desarrollo reciente del cultivo del melón ha sido obra de empresarios norteamericanos. Estos alquilan las tierras de los ejidos más cercanos a los principales ríos. Ahí instalan la infraestructura de riego y de transporte, haciéndose cargo de todas las fases de producción y comercialización del cultivo.⁵ La renta que pagan al ejidatario no rebasa el valor agregado que éste podría obtener si cultivara maíz de temporal. De modo que el campesino sólo recibe una fracción del valor generado en su parcela. Dependiendo de las condiciones del contrato, éste recibe la mitad si es mediero, y una décima parte si alquiló su tierra.

Las utilidades generadas en la producción de hortalizas podrían, sin embargo, incrementar sensiblemente los ingresos de estos campesinos, si la intensificación de la producción hortícola no fuera tan limitada en el tiempo y en el espacio. En cuanto al espacio, la gran limitación es que las tierras regadas o que podrían serlo no representan más del 1% de la superficie de la región. Con respecto al tiempo, las altas temperaturas y la repetición de los ciclos de cultivo favorecen la propagación de plagas, y con ello, un aumento de los costos de producción. Tan pronto como los márgenes de beneficio comienzan a mermar, los "inversionistas" se desplazan hacia tierras "vírgenes", donde pueden obtener tasas

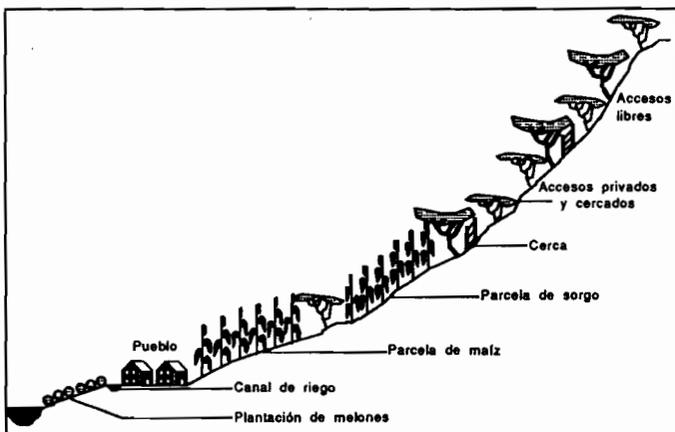


Figura 2 - Modo de aprovechamiento del medio en un ejido de la depresión del Balsas en 1990.

⁵ Según las cifras comunicadas por la SARH y la Unión Regional de Productores de Hortalizas "Lázaro Cárdenas del Río", durante el invierno 1988-1989, la superficie cultivada por compañías norteamericanas en ambas orillas del río Balsas (estados de Guerrero y de Michoacán) representaba un total de 5 190 has, es decir, cerca del 60% de la superficie total sembrada de hortalizas en esa región.

de ganancia más altas. Con su salida se agotan los canales de financiamiento, y también desaparecen los sistemas de riego (bombas móviles y mangueras) que habían instalado.

Este desplazamiento de capitales es parte de un fenómeno más amplio que forma parte de la rotación de capitales entre las distintas áreas de riego del Trópico Seco mexicano, desde la costa de Sonora hasta el estado de Oaxaca. Se trata de un fenómeno relativamente reciente, pues no rebasa una década.

Los frutos de la intensificación de la producción siguen siendo, pues, muy limitados ya que sólo involucran a un número muy reducido de productores y no permiten modificar los desequilibrios del sistema agrario de la Tierra Caliente.

3 - Los pequeños productores en busca de alternativas (1980-1990)

Una vez más, los campesinos pobres tienen que buscar fuera de la región los ingresos que les permitan sobrevivir. De aquí que observemos una expansión hacia los Estados Unidos de los circuitos migratorios que se habían desarrollado en las áreas de riego del país. Se trata desde luego, de una migración ilegal que descansa en gran medida sobre redes clandestinas. El gran atractivo es la posibilidad de percibir un salario de ocho a diez veces superior al salario mínimo nacional. Los traficantes de migrantes ilegales (*coyotes*) se hacen cargo del candidato a migrar desde la frontera hasta su lugar de destino. Resulta obvio que la eficiencia de estas redes y los beneficios probables de la migración dependen directamente de la inversión que pueda realizar el campesino; es decir, de su nivel de acumulación. Así, el costo del pasaje asciende por lo menos a 400 ó 500 dólares, lo cual equivale a seis meses del salario mínimo en México. Obviamente, tales costos excluyen a los más pobres. Esta actividad económica involucra al 60% de los productores entrevistados.

La sobrevivencia de una cantidad considerable de unidades de producción, que por sus recursos se ubican por debajo del umbral de la reproducción, depende en gran medida de las remesas de los migrantes. Sin embargo, los envíos de dólares raras veces permiten elevar el capital de explotación y modificar las estructuras productivas. Son precisamente los grandes ganaderos quienes están en la mejor posición de sacar el mayor provecho de la migración. De hecho, lejos de reducir las diferen-

cias de acumulación, el proceso migratorio las está acentuando.

Otra actividad económica que ha venido tomando una importancia considerable desde hace poco más de una década es el cultivo y tráfico de marihuana; actividad que ofrece perspectivas de enriquecimiento mayores que la migración. La topografía abrupta y la escasez de vías de comunicación constituyen en este caso grandes ventajas comparativas, pues impiden una respuesta rápida por parte de las autoridades. Sin embargo, la sofisticación de los medios desplegados por la policía y el ejército (helicópteros con sistema de aspersión) está obligando a fragmentar la superficie cultivada en grandes espacios para poder disimular su cultivo. Los campesinos minifundistas no tendrían ninguna posibilidad de acceder a las rentas generadas por este cultivo, si no fuera por sus contratos de aparcería en los agostaderos de los grandes ganaderos o trabajando como peones en sus sembradíos. Mas son ellos los principales receptores de la violencia que ha desatado esta actividad ilegal. De forma semejante al caso de la migración, el cultivo de marihuana también está contribuyendo a ampliar el diferencial de acumulación que existe entre ganaderos y "golondrinas".

El empleo de numerosos jornaleros en los sembradíos de marihuana, y sobre todo, la migración clandestina, han contribuido a reducir notablemente la disponibilidad de mano de obra agrícola en la región. La penuria es más palpable en las fases más álgidas del trabajo de temporal (siembra, escardas, cosechas), al grado que el salario real pagado a los peones ha aumentado un 150% en menos de diez años. El alza afecta principalmente a los pequeños productores de maíz y ajonjolí (cultivos que requieren de mucho trabajo), y los lleva a simplificar los itinerarios técnicos; es decir, a limitar los rendimientos y el valor agregado obtenido por hectárea.

Esta alza de los salarios tampoco permite la sobrevivencia de una importante población de peones, pues la breve temporada de lluvias limita el periodo de empleo de los jornaleros a menos de tres meses. La ruina y el éxodo de los campesinos pobres aumenta, lo que a su vez profundiza aún más la penuria estacional de la mano de obra.

En resumen, las respuestas dadas por los productores minifundistas para detener la caída de sus ingresos está agudizando el desaliento por la producción de los cultivos tradicionales de maíz y ajonjolí. Los márgenes de ganancia de estos cultivos, de por sí muy estrechos, están siendo aún más reducidos debido al alza en el costo de la mano de

obra agrícola. Ello a su vez, fortalece el proceso de especialización en la cría extensiva de ganado. El aumento en la productividad diferencial entre ganaderos y campesinos de escasos recursos registrado en los últimos diez años, es un buen indicador (véase la figura 3).

Los esfuerzos de los pequeños productores apuntan pues, hacia su incorporación a la dinámica de la especialización en la ganadería bovina; es decir, hacia la inversión de los escasos ahorros obtenidos de la migración o del cultivo de marihuana en la compra de ganado. Sin embargo, tal especialización no es una alternativa viable, ya que los pequeños productores no cuentan con los agostaderos necesarios para poder mantener a muchas cabezas de ganado. De aquí que, la mayoría de los productores estén adoptando un sistema de producción en el que policultivos y ganadería bovina se combinan en un espacio reducido. Ello requiere de una superficie por trabajador superior a las cinco hectáreas de tierras de labor para poder satisfacer las necesidades de una familia (véase la figura 3). Todo esto nos lleva a plantear que el umbral de reproducción se está des-

plazando hacia superficies cada vez más grandes, proceso que va dejando un saldo creciente de excluidos.

Conclusiones

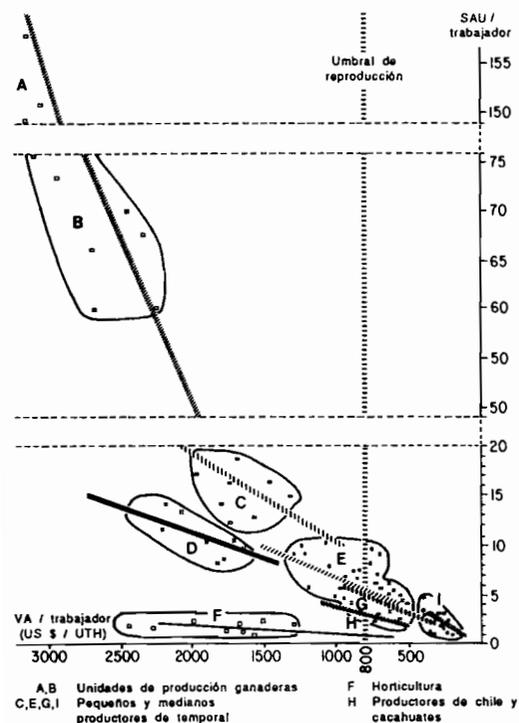
Hemos intentado mostrar cómo los factores que propiciaron el desarrollo de las haciendas hace un siglo, las dinámicas de empobrecimiento y la expulsión de los campesinos siguen operando, y con ellos, la concentración de tierras y de los demás medios de producción en manos de los grandes ganaderos. ¿Cuáles son las perspectivas para el campesinado?

Resulta obvio que el futuro de los campesinos de Tierra Caliente está en función de la política nacional sobre granos básicos. El campesinado sólo podrá sobrevivir si se restablece el nivel de los precios agrícolas. Habría que duplicar el precio del maíz para dar a los productores desprovistos de ganado la posibilidad de mantenerse con una parcela de cinco hectáreas. Dicho aumento tendrá que alcanzar el 200% si se quiere asegurar la reproducción amplia de las unidades minifundistas con tamaño de tres a cinco hectáreas.

Tal medida resultará, sin embargo, vana si las posibilidades de acumulación del campesinado siguen limitadas por la actual concentración de tierras en manos de las oligarquías locales. De aquí que consideremos que la aplicación de una nueva reforma agraria se haya vuelto una necesidad impostergable. Esta debe concernir en primer lugar, a los agostaderos ejidales, pero también a las grandes propiedades ganaderas (grupo A y parte del grupo B), que obtienen muy bajos valores agregados por unidad de superficie. Los terrenos boscosos afectados deben ser distribuidos de tal manera que constituyan unidades de quince a veinte hectáreas con el fin de que se posibilite la cría de unas diez cabezas de ganado.

Esta reforma agraria debe ir acompañada de una nueva política crediticia; una que combine préstamos refaccionarios (yuntas o tiros, arados y cultivadores, pero también y sobre todo, ganado y alambres de púas) y créditos de avío para incentivar la formación de un capital productivo suficiente.

El porvenir de los productores depende, pues, de una revisión completa de la política agrícola desarrollada por el gobierno en los últimos 40 años. Mas la próxima integración al gran mercado común norteamericano no permite presagiar mañanas soleadas para las "golondrinas".



SAU: superficie agrícola por unidad; VA: valor agregado
Fuente: Encuestas dic. 1986 - may. 1989 y anexo 10.

Figura 3 - Productividad de trabajo alcanzada por los diferentes sistemas de producción señalados (los puntos representan las encuestas).